

Epícteto, y Focílides en Español con consonantes.	567
Razon de la Traducción.	572
Prevenccion á la pluralidad de los Dioses.	575
Vida de Epícteto.	577
Vida y tiempo de Focílides.	640
Nombre, origen, intento, recomendacion, y descendencia de la Doctrina Estoica.	657
Defensa de Epicuro.	671



LA CUNA, Y LA SEPULTURA,

Para el conocimiento propio, y desengaño de las cosas ajenas.

CAPITULO PRIMERO.

Informa el juicio de la opinion que ha de tener de todas las cosas: alumbrá el conocimiento propio, y amanece con el desengaño la noche de la presumpcion.

DOS cosas traes encargadas, hombre, quando naces: de la naturaleza la vida; y de la razon la buena vida. Aquella primera te solicitan, y acuerdan las necesidades del cuerpo; y esta postrera los deseos de la alma. Advierte que en lo necesario no contradice la una á la otra; antes al vivir de aquella añade esta, que sea bien. Solo son contrarias quando la una quiere para vivir lo superfluo que la parte del alma contradice, porque embaraza con la vanidad su pretension, que es lo mas importante. Debés, segun esto, lo primero considerar, antes que uses de estas dos cosas, para qué te fueron dadas, y tomar firme-

Tom. II.

mente la opinion que de ellas conviene. Y si lo miras, tu principal parte es el alma, que el cuerpo se te dió para navio de esta navegacion, en que vas sujeto á que el viento dé con él en el vagio de la muerte. Y dántele como instrumento, que sigue la condicion de los demas que sirven á algun ministerio: pues quando tú no lo gastes con el uso, él se consumirá con su propia composicion, que encierra muerte, y nació de ella. Dentro de tu propio cuerpo, por pequeño que te parece, peregrinas; y si no miras bien por dónde llevas tus deseos, te perderás dentro de tan pequeño vaso para siempre. Has de tratarle, no como quien vive por él, que es necesidad, ni como quien vive para él, que es delito; sino como quien no puede vivir sin él. Trátale como al criado: susténtale, vístele, y mándale; que sería cosa fea que te mandase quien nació para servirte, y

A que

que nació confesando con lágrimas su servidumbre; y muerto, dirá en la sepultura que por sí aun eso no merecía.

Bien permite la razón que vivas con el cuerpo, y lo ames; mas no se halla con caudal de sustentar sus apetitos; que esos, como hijos de la vanidad, te gastarán todo el caudal, y desperdiciarán los tesoros del entendimiento.

Y si bien conocieres lo que es la vida, y para qué te la prestan, y con qué condiciones, hallarás, que no eres señor de un momento, y que todo te has menester para dar buena cuenta de tí.

Es, pues, la vida un dolor, en que se empieza el de la muerte, que dura mientras dura ella. Considéralo como el plazo que ponen al jornalero, que no tiene descanso desde que empieza, sino es quando acaba. A la par empiezas á nacer, y á morir, y no es en tu mano detener las horas; y si fueras cuerdo no lo habías de desear, y si fueras bueno no lo habías de temer. Antes empiezas á morir que sepas qué cosa es vida; y vives sin gustar de ella, porque te anticipan las lágrimas á la razón. Si quieres acabar de conocer qué es tu vida, y la de todos, y su miseria, mira qué de cosas desdichadas ha

menester para continuarse. Qué hierbecilla, qué animalejo, qué piedra, qué tierra, qué elemento no es parte de tu sustento, abrigo, reposo, ú hospedaje? Cómo puede dexar de ser debil, y sujeta á muerte, y miseria la que con muerte de otras cosas vive? Si te abrigas, murió el animal cuya lana vistes: si comes, el que te dió sustento. Pues advierte, hombre, que tienes tanto de recuerdos, y memorias como de alimento. Por otra parte mira como en todas esas ignoras la muerte que recibes; pues los manjares con que (á tu parecer) sustentas el cuerpo (y es así) en su decoccion, por otra parte gastan el calor natural (que es tu vida) con el trabajo de disponerlos. Vela eres: luz de la vela es la tuya, que va consumiéndolo mismo con que se alimenta; y quanto mas aprisa arde, mas aprisa te acabarás.

Considera que sin los venenos las mismas cosas saludables te traen muerte. Un ayrecillo, si te coge el cuerpo destemplado: un jarro de agua, si sudas: el baño, la comida, si es demasíada: el vino, el movimiento, si te cansas: el sueño prolixo: en ninguna cosa tienes segura salud, y es necesidad. buscarla; pues no puede de-

dexar de estar enfermo quien siempre en su misma vida tiene mal de muerte. Con este mal naces, con él vives, y de él mueres. Dexo de contar los venenos, y cosas que la naturaleza crió contra tu vida: las sierpes vívoras, animales, peces, hierbas, y piedras, ó minerales, que, ó mordido de ellas, ó tocado mueres. Dexo los sucesos desdichados, que el decreto del Cielo, y su Providencia permite: la ruina de las casas, los rayos, el fuego repentino, los ladrones, la muerte violenta, los diluvios, las guerras, los castigos, las traiciones: cosas que no puede prevenir nuestro juicio, y que las sabemos, y pasamos en un punto. Y estas cosas, que no están en tu mano, no las debías sentir, ni quejarte de ellas. Tu mayor miseria no es sino que entre todos los animales tú solo naciste contra tí mismo. Qué enemigo tienes mayor de tu vida, y quietud que tú, pues de las cosas ajenas te congojas? Si el otro anda de espacio, te enfadas: si habla mucho, te enojas: si le suceden desdichas, te deshaces en lástima: si tiene prosperidad, te carcomes con envidia: si te dicen una mala palabra, ó te dan un golpe, te afrontas, y deshaces; y no teniendo tú

culpa de que el otro sea desvergonzado, si no te puedes vengar, te mueres de corage, y toda la vida te mueres de miedo de morirte, ó vives tan sólicito de las cosas de acá, y con tanto trabajo como sino fueras mortal, y esta vida perecedera.

Qué animal, por rudo que sea (escoge el mas torpe), es causa de sus desventuras, tristezas, y enfermedades, sino el hombre? Y esto nace de que ni se conoce á sí, ni sabe qué es su vida, ni las causas de ella, ni para qué nació. No te ensobrevanzas, ni creas que fuiste criado para otro negocio que para usar bien de lo que te dió el que te crió. Vuelve los ojos, si piensas que eres algo, á lo que eras antes de nacer, y hallarás que no eras, que es la última miseria. Mira que eres el que há poco que no fuiste, el que siendo eres poco, el que de aquí á poco no serás, y verás como tu vanidad se castiga, y se da por vencida.

Grandes cosas caben en el entendimiento del hombre! Gran dignidad es la suya, pues tiene alma semejante á Dios, inspirada de él, y eterna! Mucho le favorece Dios, pues le dixo que todo lo criaba, para que le sirviese á él todo, y que todo lo ponía debaxo de sus

pies. Quién cabrá con el hombre, ni se averiguará con él, cierto de estas cosas, que quando se desvanece, le dexan tan divertido, que no tiene razon para considerarlas como deben ser, y entenderlas como se las dieron?

Pues siendo cierto que caben grandes cosas en el entendimiento del hombre, es mas cierto quán pequeñas son las que le embarazan con la estima de las cosas que solo merecen desprecio. Alma eterna semejante á Dios tiene; mas no la tiene, ni la trata como á semejanza de Dios, ni como á eterna, mientras la hace seguir al cuerpo, y la olvida por qualquier apetito. Todo lo haces al rebés, hombre: al cuerpo, sombra de muerte, tratas como á imagen de vida; y al alma eterna dexas como sombra de muerte. Y sucedete de esto lo que á la República donde reyna esclavo, que se pierde, y asuela. Nada te está bien á tí, que eres compuesto de cuerpo, y alma, pues no tienes cosa bien puesta, ni en su lugar, ni contenta. Obedeces al cuerpo, y hállase indigno con lo que no es suyo; y al cabo, como ruin en honra, se ensancha, y da en tyrano, y levántase con todo. El alma oprimida padece, y atien-

de á sufrir la que habia de ocuparse en gobernar; y quando llega la hora postrera, que es forzoso apartarse el uno del otro, hallas que el cuerpo te dexa, y que tu mejor parte es el alma; y para pena tuya conoces entónces que te dexaste á tí viviendo por lo que es mortal, y ceniza, y ves tu cuerpo, causa de tus delitos, de tus culpas, y yerros, que depositado en tierra, y en poder de gusanos, desengaña la estimacion en que le tuviste: tan feo, y disforme, que la memoria de haber vivido en él te castiga. Todo lo crió Dios para que te sirviese: así lo dixo él; mas como te dió razon con que entendieses, tambien te mandó juntamente que era para que le sirvieses tú con todo. Hizo el primer hombre como que no le habia entendido, y costónos á todos caro; y aun no escarmentamos, que despues vivió el hombre de suerte, que ni bastó fuego del Cielo, diluvios, ni confusiones, para darle á entender que no le mandaba solo que se sirviese de todo, sino que tambien que con todo sirviese á su Dios, y esto por el interés de los hombres, pues así lo logran, y si no lo pierden. Y viendo que aún se daban por desentendidos, por atajar su malicia, dando

dó la ley él mismo, lo primero que mandó fue que amára á Dios sobre todas las cosas. Mal te gobernaste, pues has aguardado á que sea precepto lo que habia de ser agradecimiento.

Mira bien quán diferentes consideraciones de estas cosas, con que te ensoberbeces, son las que debes hacer de las que haces, y quán diferente fruto tienen unas de otras: lo que debias considerar para conocerte, y conocer tu miseria: como fuiste engendrado del deleyte del sueño, el modo de tu nacimiento, y el recibimiento que te hizo la vida. De esta suerte nacieron los Reyes, y los Titulos, los Poderosos, que piensan que nacieron para destruir los menores, y que crió Dios para alimento suyo á los que menos pueden, habiéndolos criado para su cuidado. O si considerasen quán pequeñas, y viles cosas pudieron ser causa de que no fueran, ni vivieran! pues el humo de un pávilo, un golpe, un susto, una pesadumbre, el antojo de una legumbre, el miedo de un ratoncillo, pudo hacer mover á sus madres: y aun estuviera mejor no haber sido, que no ser tales como debian ser.

Empieza, pues, hombre, con este conocimiento, y ten de tí

Tom. II.

firmente tales opiniones; que naciste para morir, y que vienes muriendo: que traes el alma enterrada en el cuerpo, que quando muere, en cierta forma resucita: que tu negocio es el logro de tu alma: que el cuerpo sirve á esa vida prestada que gastas: que es tan fragil como ves, y tan perecedero como parece: que es mas feo que parece, y que en breve tiempo lo estará mas: que tu cuidado es tu alma, y que solas tus cosas son tuyas, y las demas agenas: que no debes trabajar en otras cosas sino en esas, por estár á tu cargo: que has de dar cuenta de ellas al que te las dió, y que se las agradece solo con dársela buena: que el premio, ó el castigo te aguarda á tí; y que pues será forzoso morir para tí, y á tu riesgo, es razon que vivas para tí, y á tu provecho.

CAPITULO II.

Ordena el Tribunal de las Potencias del alma, para que prece-da en todas las acciones su consulta. Desarreboza los disfraces con que la hypocresia introduce enmascarados los vicios.

A Segurado con las cosas dichas, debes considerar, y disponer todas las cosas del

A 3 mun-

mundo, que codicien tus deseos, para servicio tuyo, por el decreto que hicieren las potencias de tu alma, que son Entendimiento, Memoria, y Voluntad. Y no hagas lo que muchos, que no tienen sino la potencia de la voluntad, y pierden las otras dos; porque aunque se acuerdan, y entienden, no se acuerdan sino de lo que quieren. Y ha de ser al rebés; que te debes acordar de lo que te conviene, y entender lo que te está bien á tí, y luego querer esto. De otra suerte anduviera el mundo, si los hombres usáran de estas tres potencias como se las dieron, y para lo que se las dieron. La memoria de lo que fueron, cómo nacieron, y para lo que nacieron, es necesarísima para no entender que son mas de aquello, y que antes de mucho serán menos. Y así estos dos potencias prevendrán, que la voluntad no quierá la vanidad, ni la locura, sino la medicina, y el provecho.

No tienes memoria, si no te acuerdas de tu miseria; ni entendimiento, si no entiendes que pues tú, la mejor criatura de todas, eres tan miserable, qué serán las demás, por quien á veces te olvidas de tí mismo?

No tienes voluntad, si no quieres lo que por sí es ama-

ble: si mortal, no quieres lo eterno: si pobre, no quieres las riquezas, y tesoros: si inquieto, no quieres la paz: fatigado, el descanso; y mentiroso, la verdad.

Y al fin, quando no fuere por deuda, y por tu interés, por razon natural debes querer solo á Dios. Y es así; que en el mundo inferior, y superior, generalísimamente dividido, no hay sino Criador, y criaturas: Criador, que cria todas las cosas para tí, y á tí para sí: luego de las unas debes usar, y al otro debes querer: por sí, que es el Sumo Bien: por tí, que le debes todas las cosas: por todas las cosas, que secretamente queriéndole, y alabándole, te enseñan eso mismo.

Dirás que los deseos te arrastran: que ves la muger hermosa, y tienes concupiscencia: que ves el Palacio sumptuoso, y estás en el campo sin abrigo: que ves oro, perlas, y riquezas, y andas desnudo: que ves á los otros en oficios, y dignidades, estimados, y respetados, mandando el mundo, y que te ves despreciado, abatido, y sin que hagan caso de tí: y dices que no puedes dexar de desear la comodidad que el otro tiene para tí, que te debes mas amor. Dices bien en eso solo, y engañaste en lo de-

demas. De verdad te digo, hombre, que no tuvieran los hombres vanos deseos, si usáran del entendimiento como debían. No los vencieran las apariencias de las cosas, no por cierto, ni se les atrevieran: si de todas las cosas que te faltan, y ves en otro, hicieras tal examen, en vez de desearlas, tuvieras lástima á quien tienes envidia. Debías considerar para qué cosas te hace falta á tí, cuál es en sí la cosa, y qué provecho da su uso al dueño de ella. Ves la muger hermosa, y al mancebo poseído de su belleza? mira primero para qué te hace falta: para un breve contento, á quien da priesa un dolor forzoso, y natural, á quien precede una vergüenza enterrada de su horror, un menoscabo de las fuerzas, y virtud natural, y de la vida; pues engañada con el placer la salud, sin dexar saber á los mas qué es vejez, los llega la muerte.

Pues si miras en sí qué es la hermosura que te aparta de toda paz, y de todo bien, verás que es un cautiverio de tus sentidos, donde tu memoria, entendimiento, y voluntad padecen servidumbre de vicios, á quien da imperio sobre tí el regalo, amor, y pasión.

Verás acreditadas todas tus

desdichas en las causas por que las padeces, de manera, que para tu vida aun sea peligroso el desengaño, si no fuere imposible, por tener hondas raíces; que las echa tales en poco tiempo el apetito desordenado.

Verás un ídolo, que solo tiene bueno para tí el engaño de parecerlo, ufano con la idolatría de tu alma eterna, y haciendo triunfo, y pompa de tu perdición, ocupado solo en aparejarte desagradecimientos. Esto verás; porque si miras qué es la muger que al otro codicias, no es otra cosa. Y no te quejarás de que en otros no te ha enseñado el exemplo, y el suceso que es así. Si quieres ser dichoso, sé sabio con el ageno peligro; y si eres sabio, sé escarmentado con el tuyo: que solo el necio tiene al trabajo por solo trabajo, pues no le sirve de otra cosa; que en los demas es Maestro.

Si quieres ver qué provecho da el uso de ella á su galan, considera lo primero cómo se echa menos á sí mismo para todo lo que le conviene; pues no se halla quando se ha menester: mira su salud sirviendo al deleyte de una ramera, y gastada en alimentar su apetito: su vida aventurada cada punto por un gusto, que solo le

dexa tarde un arrepentimiento porfiado. Ves la hacienda despendida en vanidades, banquetes, y galas, que solo sirven de facilitarle la perdición? Mira la honra peligrosa en este estado, y sujeta á lo que una mugercilla la necesitáre: mira la religion, y entereza de costumbres llegada del olvido al desprecio: mira vuelto con la costumbre naturaleza el pecado, y acreditado el delito con el poder. Y tras todo esto considera quán caro te cuesta el dolor, pues todo lo que das por él habías de dar por no tenerle; y es cierto que no te hallarás capáz de otra cosa que de lástima. No por esto pretendo apartar los hombres de sus legítimas mugeres; pues antes que Filósofo me mostrárá enemigo de la naturaleza, porque al amor de ellas correspondido debe el mundo el ser habitado, y nosotros el sér. No quiero severo reprehender el amor que se le tiene, y se les debe; sino la concupiscencia, y el apetito.

Querer á las mugeres permitir la naturaleza, y la ley de Gracia enseña, como sea sin delito; pero adorarlas, y sujetar á ellas el alma, no lo aconseja sino el deleyte, y vicio, que es tan poderoso, que persuade tales cosas. Y no sé si lo

atribuya tanto á sus fuerzas como á nuestra flaqueza. De la muger, como de las otras cosas, usa; pero no te fies.

Vives pobre casa, sea cabaña: ves al poderoso (á lo menos al que nos pretende hacer creer que lo es) en grandes Palacios? Cosa es digna de risa! Qué te falta á tí en la cabaña, que te abriga, y te cubre todo? Puede el rico ocupar del Palacio con su cuerpo mas que tú con el tuyo? No por cierto. Pues de qué le sirve lo que le sobra, ó lo que no le sirve, ó lo que sirve á otros? Sin razon te quejas de la casilla, que te da todo lo que tiene, y lo que has menester, y te basta. Si tuvieras muchos cuerpos, y tu grandeza te necesitárá de mayores espacios, perdonárate los sentimientos; mas siendo uno solo, tal, que no hay aposento tan estrecho, adonde no sóbre habitacion, qué envidias, y qué lamentas? Dígote de verdad, que ni el fuego tiene hambre de las cabañas, chozas, y alquerias, ni las hacen sospechosas los ladrones, ni las amenazan las guerras; porque los que no las perdonan, las desprecian: y en cierto modo va el cuerdo ensayando el cuerpo para la sepultura, que hecho á tales habitaciones, no se le hará angosto el atahud,

ni

ni le espantará el forzoso hospedage de la muerte.

Pobres estás, y seguro de lo que no lo están los ricos: váyase lo uno por lo otro. Ves largas rentas en tu vecino, gran cantidad de hacienda, y posesiones, copia innumerable de oro, y joyas: dime qué otra cosa es eso que desigual carga al que aun desnudo camina cargado de sí propio? Sin duda irá con poca comodidad, ageno de descanso, y temeroso. Veamos: este que lo tiene, ha de pasarlo de esta vida? No. Puede gozarlo en esta? Tampoco, si no lo da á los que lo han menester, pues para eso lo tiene en depósito, y administracion.

Puede gastarlo en su sustento, y abrigo? No, que es mucho menos lo que ha menester. Qué será, pues, de esto, que forzosamente ha de dexar? Gran locura es, siendo esto así, gastar la vida toda en juntar cosas, para dexarlas con ella. Crees que aprovecha al difunto algo lo que dexó al otro que lo gasta, ú desperdicia? No serás tan necio que lo creas. Pues si esto es así, por qué no tasas tus deseos, y los vas á la mano, y tomas, pues es lícito, lo que has menester, que es con lo que te está rogando naturaleza fran-

camente, que lo que te esconde, y dificulta es lo superfluo? Injusto eres, pues quieres que á tí te sobre lo que á otros falta; y quieres mas tener ociosos los dineros en tu cofre, que alimentar al necesitado. Dexáronte tus padres hacienda? No te dexaron rico por eso: dexáronte con que lo puedas ser, gastándola bien. Si la tienes, y no la gastas, es como si no la tuvieses, pues no tienes provecho de ella. Si la gastas, no la tienes: luego forzosamente se colige que es bueno tenerla para no tenerla. Dirás que tienes hijos, y que los quieres aventajar. Doy que te afanas por dexarlos mas ricos, estos á tus nietos, y tus nietos á los suyos: dónde ha de parar esto? Que todos dexan unos á otros, y todos lo dexan acá. Los bienes, y posesiones no son firmes, y particularmente de nadie: son de la sucesion, y la suerte. Aunque tienes tú hoy tal hacienda, y tales posesiones, ellas no te conocen por dueño, ni te tratan como á tal: saben que has de pasar por ellas, y siempre aguardan de la mano del tiempo nuevo señor. Baxo, y vil eres, pues amas tanto á quien tanto te desprecia, y tienes fé con quien ninguna ley te guarda. Hállaste pobre? No

te

te aflijas, que todos lo son, por mas que tengan: y solo se diferencian de tí en que no lo quieren parecer; y así les llevas de ventaja el no tener trabajo de fingir lo que es imposible disimular. Con qué agradecerás á la pobreza el hacerte esento de aduladores, que alzándose con tus oídos, que traxeran ignorante de la verdad, y te los escondieran á la reprehension, y advertencia? Las artes que la pobreza enseña, mas las debe al miedo con que vive, y al cuidado con que habla, cierta de que no la guardarán respeto, que al estudio continuo. Y lo que en los poderosos parece privilegio que no se les atreva nadie, ni los contradigan, es desdicha, pues eso les causa ignorancia; y quien los hace libres de reprehension, los niega poder saber. Y la verdadera doctrina, en el temor de Dios (dice el Espíritu Santo) empieza, y la sabiduría del alma: y en el temor de las gentes la de las cosas de esta inferior República. Así que en temor empieza toda sabiduría; y quien no teme, no puede saber. Sabes los privilegios de la pobreza? pues yo te los diré: nadie sino ella los ha merecido. Todas las cosas están sujetas á las leyes: solo la necesidad libre carece de ley:

así lo dice el Proverbio.

Estás pobre, pero seguro de que la honra que se te hiciera se hace á tu persona: y tienes consuelo en la que no te hacen, pues es cierto te la quita la falta del oro, de quien se dexan comprar, y á quien cautelosamente se venden los falsos amigos. Tan seguro estarás de ladrones, que antes te temerán por testigo, y huirán de tí por estorvo, que te acचारán por el provecho.

Esto tiene malo la pobreza (dixo el Sabio) que hace ridículos á los hombres. Engañóse, que la pobreza no los hace ridículos, sino la opinión que de ella (ciegamente) tienen los que la desprecian.

Pero hagámosle esta lisonja: concedámosle que los hace ridículos, que es decir que se rien todos de ellos. Qué culpa tiene la pobreza santa, agraciada, y segura, de que el otro sea necio, y de que no tenga entendimiento para conocerla como es, persuadido del oro? De verdad, dice el pobre, ridículo me hace la pobreza; mas á tí te hace lamentable el dinero, que desde que le tienes andas inquieto con el pleyto eterno sobre quien ha de ser dueño de quien; y al cabo por tener al oro le vienes á tener por señor. Tú le sirves,

tú

tú le desenterras, tú le guardas, y él aun no te halla digno de algun agradecimiento, pues se apodera de las noches con el cuidado, y del día con la solicitud. Y si mue es, él es el primero que le pesa de que te lloren, pues luego enjuga las lágrimas á quien te hereda. Y que viendo esto, haya heredero que se alegré con posesion que es tyрана de la vida, y de la muerte del que la tiene, ó la sirve! Fuerza de hechizo tiene tu precio, oro, pues con malas obras, y mal tratamiento granjeas sin ningun provecho voluntad tan enamorada. Consideradohe, que donde te crias haces inútiles los montes, intratables al ganado, ásperos, desmudos, y sin hierba, y estériles á todas las saciones del año: que en tí gastas todo el caudal de la naturaleza: de costumbre lo tienes: no olvidas esa condicion aun fuera de las entrañas de los montes, pues lo mismo haces con el hombre que te busca, y te posee. Qué esteril es de buenas obras el rico avariento! No da fruto: menos provechoso es que el monte donde estabas; propiedad es tuya la esterilidad.

Quién bastará á entender al avariento? Para tenerte caba, y te desentierra, y en teniéndote, por tenerte (que es por

no gastarte) torna á cabar, y te entierra otra vez.

Cómo puede ser bueno quien como tú, oro poderoso, se parece tanto á los males, y enfermedades, que lo mejor de ellos, y de los malos humores es gastarlos? Y si no, ellos gastan la vida, y tú en gastar la eres mas pródigo que ellos.

Ves aquí tu mayor poder, que ni la experiencia del mal que haces en vida, ni de la poca lealtad que guardas en muerte, ni el acreditado conocimiento de tu ingratitud, es bastante á contrastar tus fuerzas; y estás con esto tan ufano, que por gloria, y con soberbia, respecto de los muchos que te siguen, puedes contar los pocos que te desprecian, y alabarte de que aun esos, si te dexan, es no menos que por Dios.

Y lo que mas de considerar es, que aunque por la prodigalidad por el ladron dexas á muchos, y por otros casos tan feos, ninguno, ó pocos dexas que se queden; todos se van tras tí, y por ver si te pueden cobrar trabajan de nuevo, sin perdonarse en el mar, y la tierra alguna peregrinacion, ó naufragio.

Pasemos á las honras, oficios, y dignidades, que tanto codicias, en compañía de todos.

dos. O cómo te gobiernas mall Vayan delante los decretos del entendimiento, y de la memoria: no acompañes la voluntad con los apetitos, y deseos que son apasionados. Qué opinión tienes de esas grandezas, que así mueres por alcanzarlas? Yo lo diré por tí, si tienes vergüenza.

Gran cosa es mandar, ser reverenciado, que todos me hayan menester, y yo á nadie: poder hacer lo que quisiere, y al fin gozar en este mundo todo lo que él puede dar.

El día que tal creiste, ese día no le quedó á la ignorancia que vencer en tí. Todas las prevenciones, y reparos del entendimiento quedaron por suyos.

Quién bastará á entender si todo tu deseo, y pretension es (así lo dices) ser libre, que todos te obedezcan, y tú á nadie? Y lo primero que haces es cautivarte del oficio, del cargo, de la dignidad. Mírate con atención, y quizá acertarás á conocer tus disparates, que para que tú los abominas no les falta sino estar en otro. Bien empiezas, pues para no estar sujeto á nadie tomas por medio hacerte esclavo de la codicia, y de la ambicion de lo que pretendes, y alcanzado de la vanidad, y soberbia. Da li-

encia que los otros se rian de lo que te rieras tú si lo advirtieras en un furioso. La culpa tiene el amor propio de que reprehendamos por vicioso en el vecino lo que en nosotros presumimos ser digno de imitación.

Gran cosa dices que es mandar: tú me ayudas á convencerte. Quede por todos que la cosa mejor es mandar. Pues dime, en qué te fundas dexar que en tí manden los vicios bestiales (siendo tu alma la mayor provincia que Dios crió) en este mundo, por mandar á otro en lo que no importa? Y al cabo tú no mandas en el otro, sino en las acciones suyas; y en lo defuera, y en tí no hay vicio que no tenga imperio.

Todas las cosas que para tí codicias, si no son de provecho para tí, desatinado eres. Doyte que tu voluntad sea ley de todos los otros, que te obedecen, y estan á tu disposición. Si ordenas cosas justas, qué soberbia es la tuya? No ves que la fundas en la virtud agena del observante, y religioso? Y si Juez en solo el nombre lo que mandas es injusto, qué otra cosa eres sino disculpa, y abono del que no te obedece? Y del que oprimido, y amenazado de tu tyranía te obedece,

eres

eres martirio. Saca, pues, de estas cosas lo que mejor te está, verás quán agenas son de lo que pretendes.

Si piensas que es dignidad el mandar á los otros, y que lo mereciste al Cielo por tí, respóndeme si naciste de otra suerte que los que llamas súbditos? Si tu vida tiene algunos fueros diferentes, enséñame los privilegios particulares de tu naturaleza. Por mas que se desvele tu vanidad, no ha de hallar alguno. Luego cierto es que por tí no lo alcanzaste; y que el Cielo, que te permite en tal oficio, siendo malo, te escogió para azote de los que gobiernas: y tú, que no lo entiendes, vives ufano con tu castigo, y haces magestad de la miseria agena, y llámaste Juez, siendo á los ojos de Dios verdugo.

Querrás decir que no dexa de tener magestad poder dar muerte, y destruir, y que ese poder sin duda es digno de estima. Traído has tu discurso á mi conclusion. Yo te lo confieso; pero advierte que lo mismo hace una hierba, una víbora, un veneno, un susto, un ayre, y una piedra; y que á ninguno de estos les es de alabanza quitar una vida, que no tiene con que resistirse, y que ayuda contra sí misma, y que

su ruina consiste mas en su flaqueza que en el poder de ellos. Condenas á muerte al delinquente: piensas que haces algo nuevo? No, que ya le tenia sentenciado la naturaleza, y desde que nació empezó á sentir la execucion de esa sentencia. Condenas en el pleyto al pobre: quitasle lo que no era suyo, no le agravias; y si le quitas lo que con justicia poseía, tu oficio, y el del ladrón, dime, en qué se diferencia? Pues entrambos quitais los bienes al dueño de ellos; y considerado, solo os diferenciáis en que el ladrón hurta para sí, y por su provecho, y vosotros robais para terceras personas. Por honra eres recto, y haces pompa de juzgar á los otros? Oye á S. Pablo quando dice severo, y advertido en la soberbia, por lo qual no tienes excusa: Todo hombre que juzgas, con tu juicio te condenas. Gran cosa es tu oficio! quíereslo vér? Que en habiendo paz, y hermandad, vaca, y no es menester; y todo hombre cuerdo está fuera de tu jurisdiccion, y dominio; pues solo el litigioso, y el malo da que hacer á los Tribunales. Dirás tú que tambien se defiende el bueno, y justo en esos. Dígote de verdad, y Dios te lo enseñó, que el que lo es de todo

do

do punto, aun acusado no se defiende. Mira á Christo en las Audiencias, cómo desprecia con suma sabiduría, y con eloquente silencio los Jueces de ellas; y siendo inocentísimo, quiere mas la pena que la defensa, y altercacion.

Dexemos esta parte, y vamos á la que mas agrada tiene con la codicia de los hombres. Es tuya la voluntad de tu Rey? Privado eres, á tí miran todos, de tí penden los negocios: dichoso te sueñas por eso? Pues despierta, y mira cómo lo han pasado otros que en el mundo lo han sido. Habla con sus fines, y verás que escarmientan, y no incitan.

Lo primero has de confesar, y creer que estás envidiado de todos los que son vanos, y de sean lo mismo: si eres bueno, te aborrecen los malos: si eres malo, los buenos: tu dia postero todos le desamparan: si no eres culpable, serás inocente; mas por esto mas envidiado, y debes considerarlo.

Lo segundo es, que en ese estado, y lugar estás cuidadoso de conservarte, y de adquirir.

Lo tercero, que andas solícito de nuevas honras.

Lo quarto, temeroso de desgracias.

Lo quinto, que el rato que

todo esto consideras ser así, te hallas peligroso. Dime, qué trabajo se iguala al tuyo? Si atiendes á tus negocios propios, eres tenido por codicioso: si á los agenos, eres desdichado, pues sirves á los demas de la República: si das el cargo al benemérito, no te le agradece, diciendo que le pagaste, y que le diste lo que merecia, y era suyo: si al indigno, ofendes á tres en un punto: á Dios con la sinrazon, al cargo con el mal Ministro, y á tí con el mal nombre que cobras. Esos que te acompañan con ruido, y polvo por las calles, esforzando tu divertimiento con lisonjas, y comprando tu favor con mentiras, no pasan de tu oficina, cargo, ó privanza las lisonjas: y si no, descúdate, y véante sin ellos, verás por quién lo hacian. No es dichoso aquel á quien la fortuna no puede dar nada mas, sino aquel á quien no puede quitar nada. La estatua pequeña no la hace mayor el pedestal grande, ni á la mengua de tu espíritu la grande basa de tu puesto. Aprende de un caballo, que cargado en su propio adorno de inmensa cantidad de oro, desea que le descarguen, y no que le alaben. Al rebés lo entiendes todo, pues tienes soberbia de los méritos agenos, y que no son tu-

tuyos. Necio eres si andas ufano, y haces grandeza de la humildad del que te ha menester, y no entiendes que astuto, conociendo tu vanidad, hace el acompañamiento, y la visita, y la cortesía, cautela contra tu presumpcion mal prevenida.

CAPITULO III.

Descifra los medios de la opinion vulgar, y desarma las amenazas de la credulidad ignorante: mortifica, y doctrina la estimacion propia: desembaraza de espantos la muerte, y no solo prueba que no es fea, sino que es hermosa; y afirma la paz interior, encaminando los afectos.

Dirás que es bien que este conocimiento reprima los deseos, y dé seguridad, y paz al alma, que le cree, y estima: que desees componerte con las opiniones de las cosas, las quales las hacen terribles, y con la persuasion bestial de las pasiones del cuerpo; y desees cuerdatamente. Conviene que te certifiques de que la opinion hace medrosos muchos casos que no lo son: sea por todos el de la muerte. Qué cosa mas terrible, así representada, mas fea, ni mas espantosa? Y si dexas la opinion que de ella tiene el Pueblo, verás, que en sí

no es nada de eso; y antes hallarás que hace mucho por hacerse amable, y aun digna de desprecio, antes que de miedo.

Lo primero el ser forzosa la escusa de prevencciones, y diligencias; pero advierte que es forzosa, porque es necesaria. Dime, qué descanso tuviera la vida, qué libertad el espíritu, qué quietud el cuerpo, qué fin las molestias de la vejez, aborrecida de sí misma, si no hubiera muerte? Dirás que es dolorosa, y llena de congojas, y parasismos. Pues dime, si eso no hubiera en la muerte, siendo tan desdichada la vida, quién no la tomara por sus manos? Prevenida la naturaleza la cercó de congojas, y la hizo parecer temerosa, para que los hombres viviesen algun tiempo. Y si bien lo consideras, llevando á todos, y no exceptuando á nadie, con razon ninguno puede estar quejoso. Querer tú vivir siempre, fuera hacer agravio á los que murieron para que vivieses, y á los que aguardan que te vayas para venir: que ella llevando á unos, dá lugar á otros; y así es ley, y no pena la muerte.

Si has vivido contento, y todo te ha sucedido bien, harto de vida despédete de ella. Y si todo te ha sucedido mal, para qué

que quieres añadir cada día mas trabajo? Vete enfadado. Y si te ha sucedido unas veces mal, y otras bien, y no hay mas que experimentar, cánsate de repetir una misma cosa. Poca honra tienes, pues sabiendo que te ha de dexar á tí la vida, aguardas ese desprecio de ella, y no la dexas antes, pudiéndolo hacer.

Oído habrás decir muchas veces que no hay cosa mas cierta que la muerte, ni mas incierta que el cuándo. Digo-te que no hay cosa mas cierta que el cuándo, pues no hay momento que no mueras: y que (de verdad) siempre está llegando este cuándo que dices tú que no se sabe; y acertaras si dixeras que no se cree. Para cuándo guardas la risa, pues no te ries del que se está muriendo, y dice: Quién pensaría que yo me muriera en dos días de esta manera? Y quando dicen: Fulano murió en dos días, mienten, y no lo entienden, que qualquiera (aunque muera en un instante) muere en tantos días como ha vivido; y tantos días habia que estaba enfermo como habia que nació. Tú piensas que pasan en valde los días? Pues dígotte que no hay hora que pase por tí, que no vaya sacando tierra de tu sepultura.

Pues quién entenderá tan grande confusion como esta? Tú temes la muerte, y tu mayor deseo es que se llegue. Quiéreslo vér? En qué otra cosa gastas la vida que en desear, siendo niño, verte mancebo, y que llegue el tiempo de verte mayor, y luego de verte hombre? Qué verano hay, y no no desees que se pase, y que llegue el Invierno? Y siempre suspiras porque llegue el día venidero, que no me negarás que en todo desees tu fin, pues no puedes desear que tras este instante venga otro, sin desear que se acerque un paso mas tu muerte. De qué sirve, pues, huir de lo que desees, y temer el llegar adonde á toda diligencia caminas, y te llevas á tí mismo? Por qué tienes miedo á la última obra de naturaleza? Lo menos de la muerte temes, que es aquel punto; y lo mas de ella (que fue toda la vida) pasaste riendo.

Por qué, como para saber navegar te llegas á los marineros, y aprendes el arte Militar de los Capitanes, y las cosas del Cielo de los Astrólogos, no aprenderás el modo de vivir, y morir de los Filósofos, y buenos? Cosa estraña, que creas de los vivos que es temerosa la muerte, no sabiendo lo que es! Los experimen-

ta-

tados gozan, tras su quietud, y paz, de eterno silencio. Por esto Sócrates dixo que la muerte es un secreto reservado, y una conjetura triste.

Dirás que el ánima teme la muerte: por sí no, que es inmortal; si por su cuerpo. Sentir el dolor de su enemigo, escusada piedad es; y sería sentir que el cuerpo sea lo que es, y para lo que nació, y en lugar de ser piadoso sería desagradecido á quien le da libertad: y si él teme verse libre, mucho ama sus grillos, mucho su carcel.

De dónde viene este miedo de la muerte, que ha crecido tanto arrimado á la ignorancia, que aun oírlo nombrar no quiere alguno, como si por el oído secretamente se le entrara? Pues esté cierto el mas recatado, que presto padecerá la que ahora no quiere oír: y que en aquel estrecho la voz nunca oída, y la opinión siempre rehusada, y la memoria que se despreció, y ella misma, se harán mas ásperas; que sin duda prevenida, imaginada, y creída no lo fuera.

Dime, para qué guardas tu memoria, ó de qué te puede servir mejor que de acordarte de tí mismo? Si á tí te olvidas, eres como si no fueras, y ninguna memoria sino la de la muerte acuerda al hombre juntamente lo que es, y lo que

Tom. II.

ha de ser. Si tomas mi consejo, y el del Sabio, que dice: *Mejor es ir á la casa donde hay lágrimas, que á la del convite; y mejor es el día de la muerte que el del nacimiento*; tu oírás de buena gana, y buscarás las conversaciones donde se tratáre de la muerte; y á solas no te acompañarás de otra cosa que de su memoria: y así verás que la mucha conversacion en ella, como en otras cosas, será causa de menosprecio. Dichoso serás, y sabio habrás sido, si quando la muerte venga no te quitáre sino la vida solamente: que en los necios no solo quita la vida, sino la confianza, la necia, el descuido bestial, el amor de las cosas temporales; todo lo qual habrás tú dexado antes, y así aliviarás mucho la postrera hora. Dichoso aquel que en su fin da á la muerte lo que pide; y desdichado del que se defiende á ella, y la niega lo que la debe, y ha de cobrar.

Por este modo, pues, debes apartar todas las cosas de las opiniones que la afean, y hacen espantable, y anteponer á todo la paz de tu alma, y no tener por precioso lo que no sirviere á la quietud, y libertad de tu espíritu.

Quieres ver quán desdichado te haces, no lo siendo? que

B

á

á tí mismo, y á tus imaginaciones, y pensamientos debes todas tus inquietudes, y desasosiegos. Si oyes que dicen malas cosas de tí en tu presencia, te enojas; y afrentándote porque dices que es perderte el respeto decírtelo en la cara, aventuras tu vida, y riñes. No miras que si son verdad las cosas que te dicen, era justo enojarte contigo, porque haciéndolas diste ocasion al otro de decírlas; y que siendo así habías de agradecer por reprehension, lo que aborreces? Dirás que aunque las cosas son así verdad, que él no las dice porque te enmiendes, sino con zelo de afrentarte. Pues por eso, pudiendo escoger, por no darle venganza á tu enemigo, no habías de hacer lo que él desea, que es que te afrentes; sino enmendarte, que es lo que te está bien, y tú dices que él no pretendía. Si te enojas, ya salió con su intento: tú fuiste de su parte.

Muchas veces dirás que dicen con mal intento lo que no es verdad, y lo que presumen maliciosos; y que así es necesario responder por tí. Y es escusado, porque no sirve de nada; que quien dice, y afirma la cosa que no es, ni hiciste, no se ha de convencer con tus razones. Y si dices que ya que eso

no sea, servirá la pendencia de castigo:

Lo primero, eso no está á tu cargo.

Lo segundo, no es ese el que se le ha de dar; porque igualmente los padecéis entrambos con la inquietud, y desasosiego. El que es bueno se venga de su enemigo no dexándolo de ser; y el que es malo, siendo bueno.

Y en quanto á decir que te perdió el respeto en decírtelo en la cara, declárate: si te lo dicen en la cara, lo llamas desprecio; si en ausencia, dices que es traicion. Ves como de ninguna suerte quieres que te digan nada, y como son achaques para vivir á solo tu gusto? Pues ten por cierto que nunca habrás sido mejor, ni tendrás necesidad de ser mas santo, ni habrás tenido mas Maestros para serlo, que quando tuvieses muchos enemigos, cuyo miedo te traiga cuidadoso, y advertido. Dichoso serás quando de los enemigos supieres sacar provecho: y sabio, quando dieres lugar á que todos te digan lo que sintieren de tí; que entónces (libre de lisonjas) tus faltas serán advertidas. No dormirán tus vicios con descuido, tu presumpcion tendrá desencanto, y tu ignorancia remedio. A nadie deben tanto los hombres

bres

bres como á la reprehension: aquel es perfecto en toda buena Filosofia, que la reprehension no solo la oye, sino la agradece.

De aquí debes colegir quán agradecida cosa es amar á los enemigos que tú aborreces tanto. Y en realidad de verdad ni tú sabes qual es tu amigo; ni qual es tu enemigo; antes lo entiendes todo al rebés. Llamas amigo al que te presta para el juego, al que te acompaña en casa de la ramera, al que te divierte, y entretiene, al que come, y cena contigo, al que te hace espaldas, y al que te alaba. Y enemigo llamas al que no haciendo nada de esto, dice mal de tí, y te reprehende, y va á la mano en todo: siendo al rebés, que este es amigo tuyo, pues es amigo de tu alma, que eres tú, y el otro es enemigo tuyo, y amigo de tu hacienda, apetito, y perdicion. Y sin duda para el provecho al enemigo solo has menester; y al otro para la locura, y vanidad. Solamente haz cuenta que tienes dos espejos, y que el uno, aunque tengas muchas fealdades, no te enseña sino lo que está bien puesto; y este solo sirve de que te desvanezcas con él; pues lo que está como habia de estar, no era necesario verlo; si te

miras para solo ordenar lo que no estuviere así. En el otro ves solas las cosas desaliñadas, y mal puestas, y las faltas que tienes. Dime, este no es el que te conviene solamente, y el otro el que te sobra? pues así debes entender que truecas los nombres, y los officios de las cosas.

Pero demos que sea tu enemigo un hombre en cosas de veras: mas fácil es perdonarle, mas justo quererle, que aborrecerle, y querarle.

Fonseca (doctísimo Español) predicando dixo: No solo es mejor perdonar al enemigo que vengarse, sino mas fácil, y mas acomodado. Así lo mandó Christo: Amad á vuestros enemigos. Rigurosa, y desabrida cosa fuera, y llena de peligros, si te mandara vengar de tus enemigos: salir á media noche, ó solo cargado de armas, ó acompañado de amigos á acecharle, y al cabo procurar su muerte. Quanto mejor es perdonarle, cosa que puedes hacer cenando, y en tu casa, y acostado, y con todo tu descanso?

Y dígame que la venganza solo es de Dios, y por eso le llaman Dios de las venganzas. El solo puede castigar las almas, que son las que con sus intenciones ofenden; que el

B2 cuer-

cuerpo solo sirve á esta composicion. Quitate uno la honra, y véngaste tú en su vida, que no te ofendió. Dixo uno mal de tí: no digas tú mal de él, siquiera por no parecerse á él, y por no imitarle. Dirás que quién podrá acabar consigo esto? Respondo que qualquiera que conozca que no hay mayor venganza del que hace mal, que sufrírle con paciencia; que lo que pretendia era acabarla, y del que dice mal, desmentirle con las obras. Y hazte capaz de que no te es posible vengarte en la cosa que te ofende, y que es mal hecho ofender la cosa que no tiene culpa, como es la vida, la salud, y el cuerpo del otro.

Estraña locura se ha acreditado con los hombres, que crean que uno que les ha cortado las narices, con cortarle las orejas, ó matarle, estan satisfechos! Estraña cosa! Dime, remedióse tu herida con la del otro, ó con su muerte? No por cierto. Pues qué resultó de aí? Que sepan que tú sabes hacer tan bien, ó mejor insultos que el otro; que yo aquí no hallo nada remediado, sino ofendidos entrambos, los odios mas vivos, recién nacida la pendencia, y mas encendida la guerra: y tú, que antes solo estabas lastimado, vives rezeloso,

y inquieto, con cuidado, y miedo de mayor mal. Y al fin, os haceis el uno al otro espectador á la gente, como fieras, ó condenados á muerte.

Y porque las desgracias todas nacen de la ira, quiero decirte lo que es, y advertirte de los malos sucesos que á ella andan arrimados, para que sepas prevenirte contra sus repentinas, y no pensadas tiranias.

No dividamos la ira, pues mas, ó menos, qualquiera es dañosa, y por sí aborrecible. La mansedumbre es el medio acerca de la ira, y ella en sí no tiene medio. Digamos lo que es antes que la consideremos.

La ira es una breve locura, y repentina: un olvido de la razon; y si dura, un desprecio de ella, un afecto rebelde al entendimiento, un motin de la sangre, y una soberbia inconsiderada. Es enfermedad del corazon, peligro de la vida, confusion de sí misma, temeridad acreditada, y valentia de cobardes, y flacos. Y porque no parezca que hablamos como en causa agena, oygámosla á ella misma lo que dice, y confiesa de sí: Que es locura, y furor; y todo lo dicho vedlo en un ayrado en el centellear de los ojos, en el temblor de los labios, en el ceño de la frente,

frente, en la color perdida, en el movimiento, y dificultad de la lengua, y porfiada repeticion de las palabras. No solamente no te conocerás ayrado, pero te tendrás miedo. Dame un leon ferocisimo, un tygre horrendo, y manchado, y un javalí espantoso: enójense: míralos ayrados, y verás que no hay fiereza tan grande, donde la ira no halle, y añada nuevo horror. Así que es vicio tan feo como dañoso. Qué hombre leerá esto, que no tenga alguna queja de ella, ó que no lllore alguna desgracia por su causa? Soy de parecer que en esto sin argumento nos hemos de convencer unos á otros con los sucesos propios, y ajenos, con lo que hemos visto, y oido. Afrase uno: dice, y hace cosas agenas de toda razon: despues vergonzosamente, como para otro, que era entónces diferente del que ya es, reducido á mansedumbre, pide perdon.

Que no es natural la cólera prueba Seneca. Mas mostramos nosotros, que es contra naturaleza; no tan agudamente, pero con mas facilidad. Solas aquellas cosas debemos llamar naturales, que son para la conservacion de la compostura, y orden de este compuesto de cuerpo, y alma; y con-

Tom. II.

tra naturales las que procuran lo contrario. Claro está que las ponzoñas, y venenos no son naturales para el hombre, pues le acaban. Lo mismo la ira, pues su efecto no es otro que la alteracion de todos los sentidos, perturbacion, y fealdad de todos los miembros, inobediencia del alma á la razon, y al entendimiento. Cierto es que en los compuestos de cosas diferentes la unidad, que forzosamente requiere el gobierno acertado, y seguro, no es la de una de las partes, sino la que de la templanza, y igualdad de todos resulta; porque en los tales, luego que una parte prevalezca, y domine mas que las otras, es tiranía, y enfermedad; y no hay composicion.

Así se ve en el cuerpo, donde la salud, y conservacion de la vida consiste en la amistad, é igualdad de los humores, y calidades: y la muerte, dissolution, y enfermedad, consiste solo en que uno de los humores predomine sobre los otros, como el mucho frio, ó mucho calor. Lo mismo es en los afectos que tienen las potencias nuestras, que igualmente corregidos de la razon, naturalmente conservan la paz del alma; mas el dia que la templanza crece, y saliendo

B 3 de

de sí llega á ser gula, ó la modestia insolencia, ó la vanidad soberbia, ó la mansedumbre ira, todo está perturbado, los que fueron compañeros son enemigos, y todo es guerra, y violencia contra la naturaleza.

Veamos ahora qué principios tiene la ira, porque sepamos dónde se podrá con mas facilidad atajar: y aunque son los principios varios, todos son por un camino, y de una condicion, pues vienen de afuera. Gran locura que cosas ajenas sean poderosas á quitar la paz propia! No hace el criado lo que yo le mandé, ó hace mas de lo que yo le mandé, ó no tan presto? enójome, y la ira me despeña. Triste cosa, alma mal prevenida, y poco estimada! pues el que te tiene permite que hasta su criado pueda, todas las veces que quisiere, perturbarla, y herirte: si lo hizo adrede, por la malicia: si erró por descuido, porque no miró lo que hizo; y pensando acertar, porque lo miró demasiado. Y al fin son tantas las causas de la ira agena, quantos pueden ser los descuidos, y malicias ajenas, aprendidas de la presuncion, y ignorancia propia, la qual enciende la sangre, y arma con ella el corazón descuidado. Segun esto, pareceme que fácilmente ha-

llarás camino para defenderte de ella, y apartar de tí tan dañoso afecto.

Ten firmemente por cierto que á tí no te toca perturbacion de lo que otros hicieren, ó dixeren mal, ó bien; que eso es á su cargo, aunque el mal, ó bien te toque á tí, ó á tus cosas: porque lo que no está en tu mano, y está fuera de tu poder, solo te toca, si lo previenes, evitarlo: si lo padeces, sufrirlo; y procurar remediarlo, para no padecerlo. Vana cosa es querer tú que el otro no haga lo que quiere hacer, y mas vana querer que no haya hecho lo que ya está hecho, que es lo que procura la ira, ciegame. No te quitó uno el sombrero, dióte un golpe, tratóte mal? Dime, el ser descortés, y desvergonzado es malo? Dirás que sí. Pues respóndeme: Si el otro es malo del vicio ageno, por qué te perturbas, y te enojas, debiendo á la caridad fraterna tenerle lástima? Cierta cosa es que si tú quieres que los otros hagan todo lo que tú deseas, ó te está bien, así como lo deseas, ó mandas, y crees que mereces tú esto, que qualquiera cosa que te sucediere de otra suerte te perturbará, y sacará de juicio.

Bien cierto estoy que sabes

que

que eso es imposible, y que no puedes quitar la malicia de los hombres, ni el descuido: lo que te es posible, y fácil es quitar de tí la presuncion, y opiniones erradas, y la ignorancia, para que no sintiendo nada de lo que no está en tu mano, ó sucede por tu culpa, sean, y las haya como si no las hubiese, y tengas en paz tu ánimo. Si ves á uno lleno de enfermedades corporales, te compadeces, y no te enojas. Dime, por qué con aquel que tiene vicios, y pecados, que son enfermedades del alma, te afiras, y no te apiadas?

Andará el mundo cuerdo, y en paz quando cada uno sintiere solas sus culpas, y no las ajenas; y aun tendrá enmienda.

Hay ladrones? guárdate, y apartate de ellos; pero si te robaren, escarmienta para otra vez, que así castigarás tu descuido. Y no te enojas con el ladrón porque lo es, que eso no está á tu cuenta, que ya castigaste con el escarmiento el descuido que lo estaba.

Si dos cosas apartares de tu ánimo, tanto por dañosas, como por inútiles, serás buen ignorante. La primera es no entristecerte en las desdichas; y la segunda no ayrarte, ni encolerizarte en las ocasiones.

Si se te muere tu padre, ó tu muger, ó tu hijo, de quién te quejas sino es de él? Pues él se va, que acabó ya el camino que hacía; que ni le lleva la fortuna, ni otra cosa. Muéreste tú, y lloras, y quéjaste de lo poco que has vivido? Advierte el disparate, que te mueres tú, y te quejas, y entristeces de lo mismo que tú haces en tí mismo.

Dirás que no se puede quitar este sentimiento propio de la naturaleza? engañaste. Qué hicieron de él, si sabes, aquellos Filósofos antiguos? que, ó codiciaban la muerte, ó la despreciaban.

Aquellos Soldados, que no hallaron en ella cosa fea, ni temerosa, y se ofrecieron á ella, y la buscaron, quantos millares de valerosos Mártýres, Soldados Católicos la pasaron con risa, y contento? Qué te parece? Pues en estos naturaleza humana habla; mas tenían diferente opinion de la vida, y de la muerte, que tú; que si no piensas que eres eterno tú, y los que te tocan, y quieres bien, sientes que no los traten como si lo fueran, y que les suceda lo que es forzoso, y necesario. Perdiste el dinero, cayósete la casa, engañote el logrero: de qué sirve llorar, y entristecerte? Dime, después

B 4

que